

## Lección Inaugural

Programa de Literatura, modalidad virtual  
Segundo cuatrimestre de 2014

# Cinco apuntes sobre García Márquez. Lo que va del notario al fabulador

*Por Alberto Salcedo Ramos*  
*Periodista y escritor colombiano*



### UNO TRES CLAVES

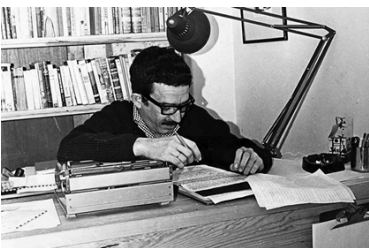
Para referirse al periodismo de Gabriel García Márquez me parece apropiado abordar tres facetas claramente definidas: la del reportero que alguna vez se definió como “feliz e indocumentado” y que prácticamente fundó en Colombia el reportaje moderno; la del columnista exquisito, al mismo tiempo barroco y aforístico, magistral en la forma, dueño de una prosa enviciadora, siempre más interesado en seducir que en convencer; y la de maestro. En este último punto no me refiero a su maestría en el oficio sino al hecho de que García Márquez ha sido un forjador de conocimiento. Él creó – junto con Jaime Abello Banfi – la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, que ha contribuido de manera significativa a la capacitación de miles de periodistas.

El reportero es acucioso, entrega siempre los datos básicos que recomiendan los cánones del oficio: el qué, el cuándo, el cómo, el dónde, el quién, y desde luego el por qué. Pero va mucho más allá. Sabe, como Flaubert, que Dios está en los detalles. Entonces es pródigo en eso. Cuando escribe sobre el director de cine Miguel Littin, por ejemplo, no se limita a contarnos cómo fue que este director de cine chileno, exiliado en Europa, fue capaz de ingresar a su país bajo la dictadura de Pinochet para grabar una película. También elabora un retrato del personaje a partir de ciertos hechos y datos aparentemente menores, hechos y datos que cualquier periodista ortodoxo desecharía. Nos cuenta que para entrar a Chile como incógnito, Littin tuvo que afeitarse, y al hacerlo sintió que perdía la personalidad que la barba le había creado, y no logró imponer su nueva cara ni a la familia ni a los amigos ni a sí mismo.





Que un perseguido político inerme desafíe en su propio territorio a un tirano poderoso, plantea un conflicto obvio, que está al alcance de cualquiera. En cambio, solo un ojo agudo es capaz de descubrir los conflictos que no se encuentran a la vista de todo el mundo.



El reportero García Márquez propicia una revaloración de lo que en términos periodísticos se conoce como noticia. Tiene un rango de intereses más amplio a la hora de informar. Sabe ver la importancia de los acontecimientos que para los demás son intrascendentes. Presta atención a las creencias de la gente, a los mitos populares. Como es avezado, descubre lo noticioso que resulta un hombre común y corriente que no ha muerto, ni ha matado, ni ha sido nombrado ministro, ni ha descubierto la penicilina, ni se ha ganado una lotería, ni ha sobrevivido a una calamidad. En una palabra, tiene claro que lo significativo no siempre es lo apremiante, y en consecuencia es capaz – incluso en momentos en que no está amparado por el reconocimiento -- de poner sus ojos más allá de la agenda determinada por la prensa ortodoxa.

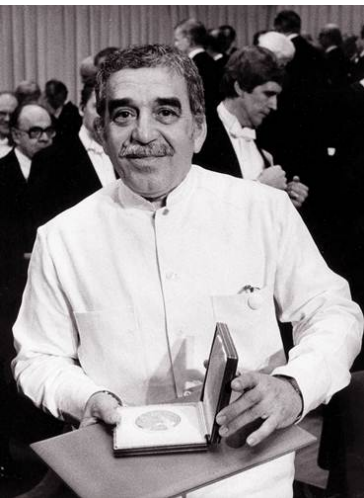


El columnista García Márquez nombra con gracia aquello que está a la vista de todos pero que nadie ha sido capaz de nombrar antes que él. Por ejemplo, que Julio Cortázar “tenía los ojos separados como los de un novillo, y tan oblicuos y diáfanos que habrían podido ser los del diablo”. A este observador aventajado le basta un simple encuentro de acera a acera con Hemingway para comprobar que el autor de “El viejo y el mar” “no daba la impresión de fortaleza brutal que sin duda hubiera deseado, porque tenía las caderas estrechas y las piernas un poco escuálidas sobre sus bastos”.

Un columnista que apela a su irresistible humor Caribe, como cuando dice que la caligrafía de su gran amigo, el poeta Álvaro Mutis, “parece escrita con pluma de ganso y por el ganso mismo”, o cuando va a recibir el Premio Rómulo Gallegos y lee este pasaje portentoso en su discurso: “yo comencé a ser escritor en la misma forma en que me subí a este estrado: a la fuerza. Confieso que hice todo lo posible por no asistir a esta asamblea: traté de enfermarme, busqué que me diera una pulmonía, fui adonde el peluquero con la esperanza de que me degollara, y por último se me ocurrió la idea de venir sin saco y sin corbata para que no me permitieran entrar en una reunión tan formal como ésta, pero olvidaba que estoy en Venezuela, en donde a todas partes se puede ir en camisa”.

Un columnista de poderoso aliento poético, un esteta que se muestra casi siempre más interesado en cautivar que en persuadir, y para ello apela a su prosa preciosista, sugerente, llena de ocurrencias.

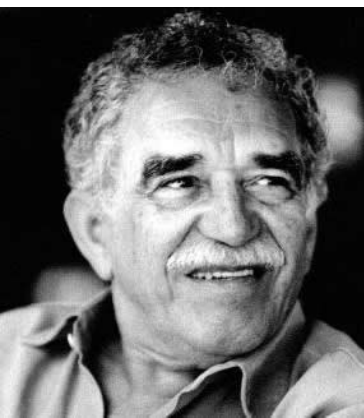




Para hablar del Gabo maestro bastaría con citar a la Fundación Gabriel García Márquez Para el Nuevo Periodismo Iberoamericano. Gracias a esta organización, un joven periodista de Argentina, o de Nicaragua puede desayunar con Alma Guillermo Prieto y cenar al día siguiente con Jon Lee Anderson. La FNPI propició la interacción con maestros como Richard Kapuscinski y Tomás Eloy Martínez, y además nos permitió a todos mirar más allá de nuestras propias narices, construir redes, integrarnos, organizar los saberes, divulgar nuestras obras. El boom de la crónica, del que tanto se habla en estos tiempos, habría sido imposible sin la participación de la FNPI.

## **DOS UNA ANÉCDOTA DE GABO**

Me contó Jaime García Márquez que en cierta ocasión iba paseando en coche por el centro de Cartagena con su célebre hermano mayor. De pronto vieron a una mujer bella caminando por el andén. Gabo quiso decirle algo y por eso pidió que el coche se detuviera. Los dos hermanos descendieron raudamente del vehículo. Y entonces, ¡oh, sorpresa!: la mujer ya no se encontraba en el lugar en el cual la habían visto segundos antes. Intrigados, emprendieron un barrido meticuloso por la cuadra, convencidos de que tarde o temprano la hallarían. Pero sus esfuerzos fueron vanos.



A partir de aquel momento Gabo empezó a fantasear con el destino que pudo haber tenido la mujer. Su imaginación delirante tramaba numerosas conjeturas sobre la misteriosa desaparición. Cada vez que se encontraba con Jaime añadía nuevas teorías, nuevos desenlaces posibles. Así, las conversaciones sobre el tema se convertían en un divertimento maravilloso.

Un día sucedió el milagro: Jaime iba caminando por la misma calle del centro de Cartagena cuando vio a la mujer. Habló con ella, le pidió sus datos personales. En seguida buscó un teléfono para llamar a Gabo a su casa de México y darle la buena noticia. La respuesta que recibió desde el otro lado de la línea lo dejó de una sola pieza:

-- ¡Pero qué pendejo eres!: me acabas de dañar el cuento.

De ese modo, Jaime confirmó que para su hermano mayor nada es tan importante como la literatura. Ni siquiera el hallazgo de la mujer más bella de la tierra.

*Lea el texto completo disponible en el Aula Virtual de Blackboard*

